

Gustavo Mujica

El Gatero



HACE ya algunos años, cuando me entró la rebeldía adolescente, nuestro país pasaba por la gran crisis del 30. Me escapé de la casa y, tercamente, decidí trabajar y estudiar. Entré de aprendiz en una imprenta y debía levantarme a las cuatro de la mañana todos los días.

Me convenía el horario. Era un poco bobo y tomaba seriamente la vida; no sé por cuáles razones creía estar obligado a un proceso de continua superación y me sentí ultrarresponsable el día que tuve una habitación en un conventillo, un candado para ella y una llave para éste. Era grato pasearse solemnemente y sentir en el bolsillo del chaleco el tintineo de la llave con algunas monedas chicas. Sin duda, aquello tuvo gran importancia para mi formación futura.

—¡María, pásate la cerveza...!

Los gritos se arrastraban en lo hondo de las covachas conventilleras y yo me sonreía severamente, “¡Miren que tomar cerveza!”

Bullía la vida, circulaban las chinchas y los muchachos se pegaban aprendiendo lo que es el destino.

Así, pues, todos los días salía aún oscuro y con grandes aires de propietario cerraba mi habitación; prolongaba dignamente la operación de cerrar la puerta. Adentro quedaba una cama y algunos cajones azucareros como estantes de libros y velador.

Afuera, era noche y temblaba el frío. Una puerta al lado de la otra (no todas tenían candado) y al medio, el patio barroso con lagunas mugrientas. Cerca del pilón siempre el agua estaba azulosa en las charcas por la labor de las lavanderas. Alambres y cuerdas con palos cruzaban de un extremo al otro, en la noche desnudos y en el día cubiertos de la selva de ropa lavada.

Se oían ronquidos fugaces y algunas quejas circunstanciales de los durmientes que soñaban con sus propias vidas.

Generalmente coincidía con mi vecino de la izquierda al salir temprano. Era éste un "papelero" de profesión; es decir, revisaba la basura de las casas de cierto barrio residencial y recolectaba los papeles, trapos, vidrios, metales y toda clase de restos y los llevaba a los centros que los compraban al kilo.

Con noche aún, se escurría del conventillo con un enorme saco al hombro, saco que se iba inflando como un tremendo globo a medida que avanzaba la madrugada.

Era el tipo de hombre derrotado por la vida, tímido y bastante borrachín; su roja nariz siempre goteaba y nunca miraba de frente. A veces lo acompañaba una mujer, tan miserable como él, que luego desaparecía por largos períodos. Vestía lo que encontraba aceptable en lo recolectado y, según se murmuraba, comía también de la basura.

A veces, muy pocas, hablé con él.

Duro oficio, decía, pues debía madrugar y tenía que andar con un grueso garrote para disputar con sus eternos rivales que eran los perros vagos. Esos bichos insoportables no sólo se llevaban el apreciable botín de los huesos, sino que volcaban cuanto tarro basureiro tenían por delante. Por otra parte, los compradores de restos siempre salían con la suya; lo engañaban en el peso y en la calidad de la mercancía. Tenían un truco sencillo: bastaba colocar una moneda pegada con cera en el fiel de la romana para que le restaran muchos kilos a la basura.

En medio de la niebla matinal, y saliendo como humo las palabras, me decía:

—Este hielo que entra tan adentro; cuando estaba en la pampa, me refocilaba de calor. Y ahora, en este Santiago... la nieve llega hasta abajito en la cordillera. No había un año así desde el terremoto. La señora María me lleva embromando; dice que yo les pego a los chiquillos porque entran a mi pieza... ¡Mocosos de moledera...!

—Algo habrá, amigo..., algo habrá. Use un buen candado, así como el mío.

—La gente no es como antes; yo recogía muchos huesos en la calle Dieciocho... hasta con carne, a veces. Ahora comen puro pasto, lechugas y porquerías; muy urgidos deben andar que los huesos de gallina no se ven nunca.

Yo me las daba de hombre experimentado y le agregaba dignamente:

—Paciencia, amigo, paciencia.

En fin, tantas cosas...

Así seguía la vida en ese duro período. Si ustedes recuerdan, los cesantes llenaban la ciudad y se les amontonaba en los "albergues"; apareció el tifus exantemático y todo lo susceptible de robar desaparecía, fueran mármoles, timbres, planchas metálicas, tapones o cualquier cosa comerciable.

La compraventa y búsqueda de basuras tomó un auge inesperado y a menudo ocurrían violentos incidentes entre los vagabundos por el dominio de los sectores y tarros basureros. En las brumosas mañanas de esos crudos inviernos, aparecían tendidos entre los residuos hombres anónimos, vestidos de harapos y sin ninguna identificación. Su recuerdo ni siquiera duraba lo que el diario que publicaba la noticia.

Su historia era semejante a la de mi amigo, el papelero.

—Mi viejo tenía tierras por allá por el Norte Chico. Cerca de Illapel, en Puerto Oscuro. Malas tierras son en la costa, llenas de peladeros. Cuando vino la sequía, no nos dimos cuenta al principio. Con mi hermano íbamos al río que venía como una acequia y pescábamos los pejerreyes a mano. Tomábamos unos sacos y sacá-

bamos camarones y pescados. Luego el río se hizo un solo barrial y tuvimos que vender los animales, harto flacos, en Los Vilos; después, hasta los burros se morían parados porque ni cardos había. Nos fuimos a Illapel con unas pocas ovejas, la abuela y tres chiquillos del compadre. Ahí nos engancharon para Antofagasta y me hice pampino. A mis viejos no los vi más; me casé, pero por la pura iglesia no más. Ya estaba arranchado cuando vino la crisis y la cesantía. Nos mandaron para el Sur y ahí tuvimos que andar rapiñando porque nadie nos daba trabajo... ¡Y ahora tener que andar en Santiago urgido para que no lo manden al albergue o a los baños...!

Era la historia de muchos.

Continuábamos nuestras vidas. En las mañanas me iba al café popular y filosóficamente miraba los últimos juerguistas que llegaban a reponerse de su noche y mantenía la misma seriedad silenciosa de los obreros que a esas horas, solitarios, tomaban desayuno.

Llegaba a la imprenta donde dominaba el ruido de las rotativas y el olor a tinta. Pronto llegaba el apuro: a medida que salían los diarios, debíamos atarlos en grandes paquetes para las provincias. Nuestras manos manejaban sin cuidado gruesos cáñamos y nos reíamos de los novatos que sangraban por grietas en los primeros días. Luego, cuando el sol iba saliendo, cargábamos la camioneta cubierta y nos íbamos a toda velocidad a la estación.

Era grato descargar en las frías mañanas los grandes bultos de periódicos; uno se sentía sano y joven y aumentaba el esfuerzo. Después, era bueno tenderse en la trasera de la camioneta, entre restos de papel y cáñamo mientras "Tatarita", el chofer tartamudo, conducía lentamente y con mil rodeos para que pudiera dormir un poco.

Una tarde que casualmente llegué antes de lo acostumbrado al conventillo, encontré gran alboroto. Como de costumbre, todas las puertas estaban abiertas hacia el patio común. Los chiquillos mugrientos y mocosos bullían entre el barro, impacientando a las comadres y alarmando al sargento jubilado que hacía de portero y administrador.

Pero había gran revuelo en las cercanías del pilón, donde las mujeres habían interrumpido su lavado y tenían grandes montones de ropa mojada y aún teñida del azul que ellas usan. La mujer del sargento era la más excitada:

—Y quién se lo iba a creer del sinvergüenza... como una no los ve nunca... por eso se perdían los pobrecitos...

Miraban la puerta entreabierta de mi vecino el papelerero que, desgraciado el momento, la había dejado sin su recio candado. Como es natural, un mocoso intruso había fisgado al interior del cubil de tan misterioso personaje, y había entrevisto la pelambrea del gato familiar extraviado hace poco, artísticamente colocada en un marco para secar cueros.

Y se había armado la grande.

Una comisión de comadres allanó la pieza del papelerero y se encontraron con un inesperado espectáculo: había tres marcos con sus respectivos cueros de gato (entre ellos el del minino familiar origen del incidente). Un decorativo cubrecamas de bien sobados cueros fué el rompecabezas donde las mujeres reconocieron animales extraviados y otros supuestamente del vecindario.

Y, lo peor (¡Dios nos sostenga! decían) en una olla quedaban los restos de lo que cualquiera diría un conejo a no ser por las pruebas a la vista.

Se llamó con gran alharaca al portero, quien decidió llamar a la autoridad de la comisaría vecina. El carabinero se rascó prolongadamente la cabeza y la barbilla peluda y decidió, salomónicamente, que no era delito comer gatos, pero sí lo era apropiarse de la piel. Por ello aguardaba a mi amigo el papelerero; en el fondo, con el pensamiento oculto de librarlo de las furias de las combativas comadres lavanderas.

No supe en qué terminó el incidente, pues aún no entendía bien las delicias de la curiosidad humana; sólo comprobé que mi vecino emigró y que para siempre se le llamó en el submundo en que vivía como "El Gatero".